

0251. San Atanasio

Hoy vamos a presentar a San Atanasio, un Santo que ciertamente no es muy popular, aunque es el campeón más imponente que ha tenido la fe cristiana y católica. En toda la Historia de la Iglesia no encontramos un hombre tan perseguido como Atanasio, el Obispo de Alejandría en el norte de Egipto. Un novelista no tiene imaginación para inventar tanta aventura, persecución, destierro y entusiasmo popular, como los suscitados por este Santo legendario. Y lo bueno es que al hablar de él no hay que inventarse nada, pues todo está sellado con los documentos y escritos más serios y rigurosos.

Corría el año 320. Habían cesado las persecuciones sangrientas en el Imperio, y empezaba a ser estudiada con profundidad la doctrina cristiana. Los herejes y las sectas se iban a multiplicar como los hongos en el bosque. El más notable de todos esos herejes primeros, Arrio, un maestro de Alejandría, que empezó a fantasear con la persona de Jesucristo a base del Verbo, del Creador, del Padre..., metiendo un lío ininteligible y echando a perder toda la obra redentora de Jesucristo.

En resumidas cuentas, ¿qué venía a decir el hereje? Esto, y a ver si nos entendemos nosotros:

* Dios no hay más que uno, el Padre. El Verbo no es Dios, según este hereje, sino una criatura de Dios y por la cual Dios ha creado todas las cosas. O sea, Dios crea una criatura para crear por ella las demás cosas. Resulta un poco divertido, pero así decía Arrio. Por lo mismo, Jesucristo no es Dios, porque es una persona con el Verbo, y el Verbo no es Dios. Así que Jesucristo tampoco es Dios. Esta es la barbaridad enseñada por el hereje. Todo un lío..., una blasfemia..., y una doctrina fatal. *

Alejandro, Obispo de Alejandría —la tercera ciudad más importante del Imperio— era un hombre santo. Pero el héroe que va a descubrir todo el error y lo va a combatir como un titán, es su diácono Atanasio, muy joven, pero de

una inteligencia, un tesón y una combatividad tremendas. Tiene las ideas bien claras contra Arrio y su doctrina. Y viene a replicar a Arrio con estas razones:

* Si el Padre pudo crear al Verbo, también podía crear las otras cosas sin el Verbo, el cual no le hacía ninguna falta. Lo peor es que si el Verbo no es Dios, es mentira eso de que Dios se hizo hombre en Jesucristo. Y si Jesucristo no es Dios, entonces no estamos redimidos, porque una criatura no nos puede redimir, ni Jesucristo nos ha podido hacer hijos de Dios, porque él tampoco lo es. *

Es de esperar que habremos entendido tanto el error de Arrio como la réplica de Atanasio.

Como se ve, las consecuencias de la doctrina de Arrio eran terribles. Se iba por tierra toda la fe cristiana. Era mentira todo lo que se nos había enseñado. No había esperanza de salvación para los creyentes.

La cosa era tan grave, que el Papa San Silvestre convocó en el año 325 el primer Concilio Ecuménico para examinar y dejar bien clara la doctrina verdadera. El Concilio fue rotundo. Condenó a Arrio, atacado por Atanasio de manera implacable. Y quedó bien establecida para siempre la verdad revelada y fundamental:

El Verbo, Hijo de Dios, es Dios como el Padre y como el Espíritu Santo, y no una criatura. La Encarnación de Dios es una realidad, y así Jesucristo es Dios.

Esto resume la enseñanza del Concilio. Ya nadie en la Iglesia podrá dudar de la verdadera fe. Pero ahora venía la réplica de los herejes contra el atrevido Atanasio, al que no perdonan. Muerto su santo Obispo, es elegido Obispo de Alejandría a pesar de su juventud. Los herejes se alían con los Emperadores, uno tras otro, y Atanasio va a sufrir nada más y nada menos que seis destierros. Lo reponían, y... hasta el siguiente. Esos destierros parecen sacados de una novela. Hay hechos divertidos de verdad. Algunos nada más.

Los herejes acusan a Atanasio de haber cortado la mano a un obispo disidente, que murió después del atentado brutal. Se abre juicio formal: ¡Y

aquí está la mano cortada por éste!... Atanasio sale sonriente de la sala, y regresa al tribunal llevando de la mano, bien sano y salvo, al obispo manco y muerto...

El emperador Juliano el Apóstata, haciendo caso a las calumnias contra Atanasio —y le venían muy bien, porque él había renegado de la fe católica—, escribe al Prefecto de Egipto: *¡Expulsa a Atanasio!, ese Obispo miserable, que, siendo yo emperador, se ha atrevido a bautizar mujeres griegas de alto rango.*

En el quinto destierro se adelanta Atanasio a esconderse en el mismo Egipto para no estar lejos de sus ovejas. Huye en una barca por el Nilo cuando ve venir otra embarcación oficial en su persecución. Atanasio se viste como un pescador, hace virar la barca en que va y se hace enconradizo con sus perseguidores, que preguntan: *¿Ha pasado por aquí Atanasio?* Y Atanasio, señalando el trayecto que antes había seguido su barca, contesta con agudeza y con verdad: *¡Por ahí, por ahí ha pasado!* Y daba gusto ver lo lejos que se iban los perseguidores...

Cuando Atanasio ha vuelto de sus destierros, el pueblo lo ha recibido siempre con muestras de gran cariño. Pero cuando regresó del destierro impuesto por Juliano el Apóstata se desbordó la ciudad. Lo recibieron como a un héroe. De todas las ciudades del alto Egipto llegaron gentes festivas. Se engalanaron las calles, se soltaron guirnaldas por los balcones, se cantaba y se gritaba, mientras Atanasio, montado en un asno —igual que Jesús en el Domingo de Ramos— entraba humilde, pero triunfante, en la ciudad que Dios había confiado a sus desvelos pastorales.

Por última vez tuvo que esconderse aún Atanasio ante otro decreto de destierro. Pero ahora el pueblo, perdido todo el miedo, se echó a la calle y la fuerza gubernamental, temerosa de una revolución, hubo de retirarse discretamente a los cuarteles y dejar que el Obispo viviera libre definitivamente.

Atanasio muere al fin en su sede. La Iglesia lo ha confesado siempre como uno de los hijos más valientes y arriesgados que ha tenido...